

en CUBA

LA GUERRA CIVIL

Sangre en Palacio

MIERCOLES 13 de marzo. Eran las 3:22 minutos de la tarde en La Habana. El sol descendía sobre la ciudad, reverberando en el asfalto de las calles y en las quietas aguas del litoral. Una sofocante sensación de calma envolvía los alrededores del Palacio Presidencial. La avenida de las Misiones lucía desierta. El monumento a Máximo Gómez se empinaba por encima de la montaña de tierra de las obras del túnel.

Del otro lado, en el parque Zayas, grupos reducidos se guarecían a la sombra raquílica del arbolado. Por Zulueta, una veintena de turistas se encaminaba hacia la fábrica de tabacos La Corona. En los portales del hotel Parkview, un matrimonio norteamericano —la mujer, de pelo rojizo y espejuelos deportivos; el hombre, alto, rubio y en slacks— tomaba fotografías de la mansión ejecutiva.

Dentro de la propia zona, Bellas Artes, con su exhibición de la Familia Humana, y el Sloppy Joe's, con su muestrario de licores. En el vestíbulo de la Asociación de Reporters algunos periodistas cambiaban comentarios y noticias. Al lado, en el cuartel de bomberos, asomaba por la ancha puerta el chasis de un carro extinguidor. Y más distante, el paseo de Martí, con su incesante teoría de vehículos.

La custodia exterior de la casa del Ejecutivo era la normal. Policías y soldados, de casco blanco y armas largas, en la vigilancia de rutina, sin ningún signo visible de inquietud. Dentro, una parte de la guarnición reposaba. En el primer piso, los burócratas de las oficinas palatinas desenvolvían sus labores, Andrés Domingo, se sumergía en el examen de diversos expedientes.

Por los amplios corredores, en el salón de espera y por el del Consejo de Ministros discurrían los ujieres y empleados subalternos. En el departamento destinado a los reporteros, los personeros de la prensa aguardaban el inicio de los trajines oficiales. Allí estaban Solís, Rivero, Torres Momplet, Merino, Cuervo, Riverón, Valdés Neyra y Leonor Quintana, en la tediosa espera.

El general Batista había almorzado con el ministro de Defensa,

Santiago Verdeja. Luego despachó con Morales del Castillo, fijando los pormenores de las audiencias de la tarde que incluían a un centenar de aviadores civiles norteamericanos y al embajador del Uruguay, contralmirante Rivera Travesio, quien en vísperas de regresar a su patria, venía a cumplimentar el trámite de la despedida. Poco después de las tres, el Jefe del Estado subió al tercer piso para ver al más pequeño de sus hijos, que se encontraba enfermo, y para sustituir su ropa deportiva por otra más severa.

La agenda del día no llegaría a su término. A las 3:24, dos jóvenes detuvieron un ómnibus de la ruta 14, en la calle Chacón, situándose en el estribo delantero. Unos metros atrás marchaba un autobús M-1. Por Monserrate subían dos autos seguidos de un camión de reparto color rojo con el rótulo comercial de Fast Delivery, S. A., chapa 362-735.

Al siguiente minuto, los cinco vehículos coincidieron al costado del Palacio, en la cuadra de Colón limitada por Zulueta y Monserrate. De súbito el camión se detuvo como si hubiera sufrido una interrupción mecánica. Uno de los autos pasó a su izquierda a moderada velocidad hasta quedar situado frente a la puerta de acceso a la residencia palatina. El otro se detuvo también junto al carro rojo de reparto. Eran exactamente las 3:25.

Enseguida se acumularon los acontecimientos. Del primero de los automóviles descendió un grupo de jóvenes precedidos por uno que vestía pantalón y camisa azul y que empujando una ametralladora de mano se lanzó corriendo hacia la entrada del Palacio.

—¡Ahora! ¡Al asalto! —se le oyó gritar.

Instantáneamente, la calle se llenó de civiles armados que saltaban del camión haciendo fuego contra los custodios. Las primeras ráfagas barrieron la puerta, abatiendo al soldado Mario Verdeza Romero, a los cabos José M. Rodríguez Lugo, de la Policía Nacional y Carlos M. Hernández, del Ejército.

Del ómnibus de la 14 y del autobús bajaron otros insurgentes, mientras al estampido seco de las armas automáticas se incorporaban las explosiones, más sordas y amplias, de las granadas de mano. Ya, desde los pisos superiores del Palacio, se ripostaba al ataque. El vehículo de la COA, atrapado en

la línea de fuego, fue acribillado a balazos en tanto el transporte de la otra empresa, más afortunado, lograba eludir la zona de peligro.

Batido de izquierda a derecha por los tiros, entre los gritos de pánico y dolor de los pasajeros, el chofer del ómnibus aceleró la marcha hasta llegar a Prado. Allí se desplomó sobre el timón sin conocimiento. Una granada le había destrozado las piernas. El conductor, milagrosamente ileso, tomó el volante para conducir los heridos hasta la casa de socorro de San Lázaro.

Los atacantes, entretanto, se habían adueñado del vestíbulo. El sargento Ríos intentó detenerlos, parapetado tras una columna. Al cambiar de posición quedó en descubierto y cayó muerto. Así, la vanguardia rebelde ganó las escaleras de mármol que llevaban al segundo piso. Otros permanecieron en la planta baja en una acción protectora, enfrentando la acción de la guarnición. Superado el momento inicial de sorpresa y confusión los miembros de las fuerzas armadas, surgían de todas partes para rechazar el asalto.

La muerte empezó a clarear las filas del comando revolucionario. Desde el Palacio de Bellas Artes, atravesando el parque Zayas, otro grupo corrió a reforzar el ataque. A mitad del camino, una ametralladora 50 funcionó en la azotea palatina. Las trazadoras, como una línea de chispas, marcaban la dirección de los proyectiles diezmando a los rebeldes.

Para entonces, la zozobra se extendía ya por toda la ciudad. Los edificios, como una enorme caja de resonancia, amplificaban los ecos del combate. De otra parte, había tenido lugar la operación coordinada de Radio Reloj y parejamente al estruendo de la lucha señoreaba la calle toda clase de rumores.

Los insurgentes quedaron divididos en tres segmentos. Un grupo de ellos, no más de quince, se abrió paso hasta el segundo piso. Otro se mantuvo en el vestíbulo y en el patio, aferrado a sus posiciones. El tercero, frustrado en el propósito de atravesar la cortina de fuego que descendía desde las azoteas y ventanas de la mansión ejecutiva, se replegó hacia las zonas aledañas, atrincherándose en los contornos. A poco tenían que resistir las primeras incursiones de las perseguidoras que, rápidamente, convergían hacia la zona beligerante.

El operador Parker tuvo tiempo de cerrar la puerta del departamento de radiotelefonía, asegurando las comunicaciones con el exterior. A salvo tan importante departamento, la guarnición estableció contacto con la Jefatura de la Marina de Guerra y con la Ciudad Militar.

—Están atacando Palacio, era el urgente requerimiento; manden refuerzos...

Arriba continuaba la desesperada batalla. La mayoría de los insurgentes fueron abatidos, en la propia escalera. Unos pocos penetraron en el despacho de Andrés Domingo, que ya se encontraba en el tercer piso, hasta donde le acompañó uno de los ujieres. En el recinto cerrado se multiplicaba la balacera y los cristales saltaban hechos añicos.

Los revolucionarios, al parecer, extraviados en las múltiples dependencias palaciegas, corrían de un sitio a otro tratando de localizar el despacho de Batista. Uno de los viejos empleados de la casa presidencial, refugiado tras una mesa, se vió frente al cañón de una ametralladora.

—Pronto, ¿dónde está Batista?

El aterrorizado burócrata balbuceó unas palabras confusas. Su captor, joven, trigüeño, de gesto duro, iba a insistir en la pregunta cuando uno de sus compañeros le gritó desde el pasillo.

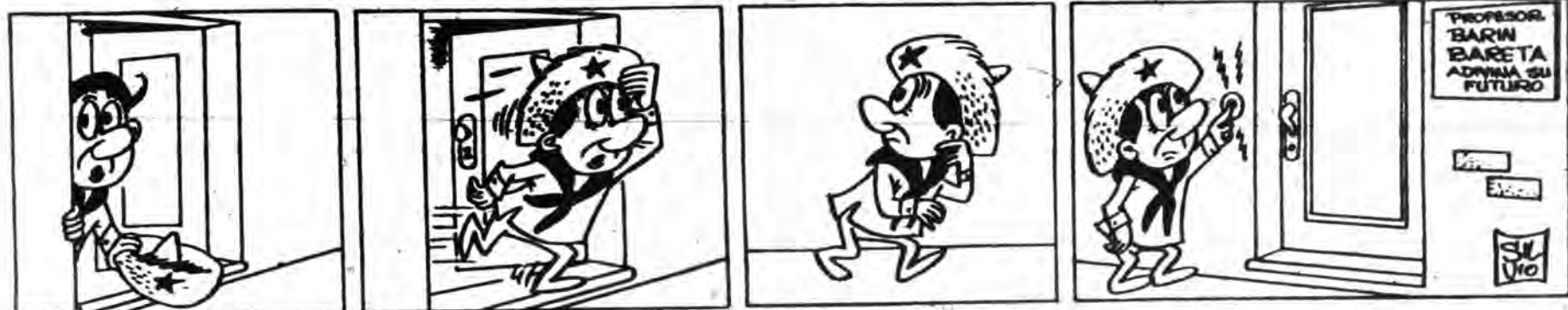
—¡Vamos! ¡Por qué!

Salió al corredor y desde el tercer piso partió un huracán de balas. Los dos se desplomaron muertos. Otros llegaron hasta las puertas del despacho del General-Presidente. La despedazaron con una granada, pero cuando fueron a penetrar, un militar, el sargento Ramos, los rechazó con una ráfaga de ametralladora. Lanzaron más granadas, que, bien por defectos de fabricación o por inexperiencia en su manejo, no estallaron. Luego se comprobó que casi ninguna hizo explosión.

El combate, en el segundo piso, quedó circunscrito a la persecución de los últimos rebeldes. Desde la otra planta, el comandante Alfredo Rams dirigió el contrataque. Abajo, en el patio, una media docena de revolucionarios, sin salvación posible, retrocedió hasta la calle Colón, atrincherándose tras el camión utilizado en el asalto. Dentro de la residencia ejecutiva, un auto Chevrolet quedaba destruido por los explosivos.

Hubo unos minutos de confusión cuando arribaron los primeros des-

EL REYECITO CRIOLLO, por SILVIO



tacamentos de marinos. Inicialmente dispararon contra el Palacio entendiéndolo que éste había caído en poder de los revolucionarios. Al despejarse el equívoco, se espacieron por los portales, tomando como blanco a Bellas Artes —escenario de la cultura nacional— ahora transformado en uno de los centros de la implacable guerra civil. Hacía menos de diez minutos que había comenzado el ataque.

A Columbia, con un informe general de la situación, llegó la petición de auxilio.

—¡Se está peleando dentro del propio Palacio! —expresó el comandante Varas—. Desde las azoteas y edificios colindantes están tirando!

El Jefe del Ejército anunció que, inmediatamente, partiría una columna blindada y ofreció el envío de un avión de bombardeo.

El ayudante presidencial apresuró una objeción:

—No, la guarnición está dentro y la presencia de un avión militar puede dar lugar a confusiones.

Se desistió del apoyo aéreo inmediato, pero el Estado Mayor dispuso que la FAE estuviera lista para efectuar vuelos de ametrallamiento, a poca altura, sobre las posiciones de los francotiradores insurgentes en los alrededores de la residencia palatina.

Algunos altos oficiales llegaron al Palacio desde los primeros instantes. El coronel Fernández Miranda penetró por la puerta del garaje que da a la calle Monserrate. El jefe del DI, Orlando Piedra, lo hizo con varios de sus hombres, en traje civil, a los que ordenó se les entregaran cascos y guerreras de la policía para que no fueran confundidos. Amadeo López Castro y el canciller Güell se acercaron también a la zona de las hostilidades. En la imposibilidad de atravesar aquel campo descubierto, cruzado de tiros en todas direcciones, optaron por permanecer en el Ministerio de Estado.

El estallido revolucionario, con su epicentro en Refugio número 1 y la acción colateral de Radio Reloj, amplió sus ramificaciones esporádicas a otras porciones de la capital. En el transcurso de la primera media hora de pelea se reportaron tiroteos y encuentros en los alrededores del Hospital de la Policía Nacional, en los contornos de la Universidad, en varios sitios de La Habana vieja, y en las calles de Reina, Salud, Rayo y Lealtad. Automóviles ocupados por insurgentes cambiaban disparos con las perseguidoras y desde las azoteas se hostilizaba a la fuerza pública.

La columna de auxilio procedente de Columbia venció rápidamente el trayecto desde el campamento hasta el teatro de la lucha. El pavimento de 23 y el Malecón trepidó al paso de las cremalleras de los tanques. Jeeps, carros blindados y camiones atestados de soldados rodaban rumbo al área polémica. En sentido inverso, y en número creciente, se dirigían hacia el Hospital Militar las ambulancias conduciendo heridos.

Entre las 3:45 y las cuatro de la tarde, sucumbió el último de los revolucionarios acorralado en el segundo piso. Fue en este lugar donde perecieron Gutiérrez Menayo, Gómez Wangüemert, Evelio Prieto, José Briñas y otros. La batalla se desplazó hacia el exterior. Uno de los tanques cubrió la puerta de la calle Colón para prevenir cualquier intento de repetir el asalto. Los otros ocuparon distintas posiciones localizando los focos rebeldes. La infantería se movió caute-

losamente por los portales, vigilando las ventanas y azoteas.

Los tiros de los insurgentes resultaban ineficaces contra las corazas metálicas de los vehículos blindados. Los revolucionarios, entonces, tomaron como blanco a varios autos policiales que entraban por la calle Chacón. En uno de ellos viajaba el coronel Carratalá y el capitán Puig. Este último, al bajar de la máquina, se desplomó mortalmente herido.

Al ceder el asedio, la familia de Batista abandonó la ensangrentada mansión trasladándose a Columbia. FB, reintegrado a su despacho, conferenció con los altos oficiales disponiendo las medidas encaminadas a sofocar el levantamiento. Se le brindó un informe sintético de la situación en el resto de la capital.

La presencia de los tanques del Regimiento 10 de Marzo, con su artillería y sus ametralladoras pesadas, aumentó el estruendo de la lucha. Disparaban contra el Palacio de Bellas Artes, contra los pisos superiores del Hotel Sevilla, contra el edificio de la ONDI y otros reductos de los revolucionarios. Algunos grupos rebeldes, convencidos de la inutilidad de la resistencia se filtraron por entre las líneas gubernamentales.

Las granadas salpicaron la fachada del Sevilla. Pequeñas columnas de humo blanco y el desprendimiento de fragmentos de pared

iban señalando el lugar de los impactos. El peligro, hasta entonces limitado al exterior, penetraba en el refugio de los hoteles y en las casas. Eran más de las 4:30 pasado meridiano.

Para los centenares de turistas americanos súbitamente encerrados en el círculo de plomo, los acontecimientos significarían una experiencia inolvidable. Junto a La Corona, en un auto, permanecieron por más de una hora dos ancianas excursionistas inválida una y sordomuda la otra. Algunos, en el interior de la industria cigarrera, se tendieron en el suelo mientras las balas penetraban a través de las ventanas.

Para Peter Korenda y Patrik Fiore, huéspedes del hotel Parkview, veteranos de la contienda mundial, el silbido de los proyectiles no representaba un elemento capaz de impresionarlos. Desde una ventana de su habitación fueron espectadores de los capítulos iniciales del combate y presenciaron el arribo de los tanques.

—Vi a uno de los carros blindados —narró más tarde Fiore— encañonar su ametralladora directamente contra nuestro cuarto en el quinto piso y empezar a disparar.

La descarga —más de 200 tiros— dejó la ventana. Korenda murió instantáneamente y su compañero resultó herido. El episodio, uno más en el turbulento cuadro de las complicaciones internaciona-

les derivadas de la guerra civil, engendraba una investigación ordenada por el Departamento de Estado de la república del Norte. Según las acusaciones de Fiori y otros compatriotas, la policía los conminó para que ratificaran la versión oficial, en el sentido de que Korenda había sido víctima de una bala perdida.

La lucha, junto a algunas crudas escenas de odio y venganza, ofreció otras de honda calidad humana. En más de una ocasión ambos beligerantes suspendieron el fuego para dejar pasar a transeúntes que enarbolaban, a manera de banderas, pañuelos blancos, y a mujeres y niños que corrían asustados. La Cruz Roja, en abnegación ejemplar, situó sus equipos y sus hombres en la zona de mayor riesgo, recogiendo y transportando heridos. Una de las ambulancias, como un símbolo trágico, exhibía en el guardafango su bandera emblemática teñida de sangre.

A partir de las 4:40 empezó a declinar el fragor de la batalla. Los últimos insurgentes se hicieron matar en el edificio de Bellas Artes. Allí fue encontrado el cadáver de Menelao Mora, empuñando una granada que no tuvo ocasión de lanzar.

Con el cese del tiroteo empezó la afluencia hacia el Palacio de los jefes políticos —ministros y legisladores— del régimen marxista, afanosos de expresar su adhesión a Batista. Muy pocos de ellos habían tenido ocasión de contemplar de cerca, en todo su horror, el perfil siniestro de la contienda fratricida que azotaba al país.

Ahora no se trataba de algo distante como Sierra Maestra o Santiago de Cuba, sino de una conmoción, a pleno día, en la capital de la nación y en el propio corazón de su vida política y administrativa. El mejor testigo de la cruenta jornada era la sangre en las paredes, en los pisos, en las cortinas y en las alfombras. Aún no habían sido retirados los escombros y por doquier se advertían fragmentos de cristal, muebles volcados, puertas deshechas, casquillos, balas y armas regadas por los pisos.

Rodeado de la tropa, en un clima de tenso dramatismo, Batista improvisó una arenga:

—El caso de hoy, afirmó doloroso, sangriento, porque así ha de responderse a la agresión provocada de quienes siempre atacan a traición, no nos sorprendió. La noche de ayer fue una noche dedicada al trabajo y a la prevención, pero no quisimos nunca que nuestras certezas en los planes atentatorios a la paz pública y a la estabilidad de la nación repercutieran en la ciudadanía.

—En la madrugada de hoy, hablando con el Jefe de la Policía y con el Jefe del Ejército, luego con los jefes de los departamentos de investigaciones, se pensó en prevenir a La Habana; pero como el ataque no era a la ciudad, sino a Palacio, nosotros tomamos nuestras medidas hasta donde pueden ser tomadas.

El párrafo traslucía que el gobierno sabía del proyectado golpe revolucionario. Empero, el desarrollo de los acontecimientos evidenciaba que las pesquisas de los cuerpos represivos, aún conociendo las intenciones de los insurgentes, no llegaron a establecer día, hora, o circunstancias del asalto. Así se explicaba la sorpresa a la guarnición, con los custodios de la puerta que daba a Colón barridos por el ataque, y contingentes suicidas de in-



VISITANTE CURIOSO.

por SILVIO

—¿Por dónde se sube...?

vasores alcanzando el segundo piso.

Los cadáveres de los rebeldes que perecieron en el interior del Palacio fueron llevados al necrocomio. Un carro del departamento de bomberos, con su equipo de mangueras, se hizo cargo de bajar las huellas de la lucha. El agua corrió libremente por las salas y pasillos arrastrando los manchones de sangre. Las armas fueron recogidas y clasificadas con vista a las diligencias posteriores.

El balance se fijó originalmente en unos treinta muertos y alrededor de cincuenta heridos. Después, en el curso de la noche y los días

Las autoridades pusieron trabas mas fue aumentando. En la estela del combate, como un colofón siniestro, las "muertes misteriosas" asomaron para escribir su página macabra de sogas y plomo. Aparecieron los cadáveres balaceados y los ahorcados pendiendo de los árboles. Pelayo Cuervo el primero y luego otro en el Lucero, y otro, y otro más...

Las autoridades pusieron trabas en el necrocomio, entorpeciendo la identificación de los caídos. Padres y hermanos ansiosos, con la sospecha atroz de que alguno de los suyos podía estar en la dolorosa exposición, se agolpaban en las áreas, por Zapata, atisbando a través de las ventanas, a caza de un indicio. Los técnicos del Gabinete Nacional de Identificación, por su parte, trabajaban activamente.

En el curso del jueves 14 y viernes 15 se completó la lista. Lo primero que se destacaba era el hecho, ya sintomático de los renovados estallidos revolucionarios, que en el panorama de los muertos no se prodigaban los nombres de resonancia pública. La operación contra el Palacio Presidencial se había nutrido en la legión anónima del pueblo, lejos de las pantallas publicitarias. El líder de la FEU, José Antonio Echavarría, y el ex representante Menelao Mora constituían las excepciones.

Algunos, sin embargo, no eran totalmente desconocidos para los cuerpos de represión política del régimen. A lo largo de cinco años de brega revolucionaria sumaban miles las fichas en los archivos del DI y del SIM. Era difícil que existieran opositoristas militantes que en alguna ocasión no hubieran dejado su huella en los establecimientos policiales. "El Crisol", en su edición del viernes 15, reportó las siguientes bajas militares: cabo del Ejército, Carlos M. Hernández; cabo de la Policía, José M. Rodríguez Lugo; sargento del Ejército, Emilio de los Ríos; soldado Mario Verdeza; capitán de la Policía, José Ramón Puig, y uno sin identificar en el Necrocomio. Civiles: José A. Echavarría, José Hernández León, Eduardo Domínguez, Astorio Enio Mesa, Angel González González, Adolfo Delgado, Menelao Mora, Carlos Gutiérrez, el turista Peter Korenda, Manuel Bonada, Pedro Téllez, José Briñas, José Castellanos, Pedro Nolasco, Reinaldo de León, Mario Cañizares, Abelardo Rodríguez, Ormaní Arenado, Juan Almeida, José L. Gómez Wangüemert, Gerardo H. Medina, Waldo Díaz Fuentes, Eduardo Panizo, Carlos Pérez Domínguez, Norberto Hernández, Angel Salvador González, Salvador Alfaro, Pedro Esperón Alvarez, y Mario Falber, policía universtario. Hallados muertos: Pelayo Cuervo Navarro, Salvador Sánchez Céspedes y un joven desconocido encontrado en el Lucero, posteriormente identificado como el estudiante Cipriano Pacheco.

El renglón de los heridos se integraba, casi totalmente, por los miembros de la guarnición palatina y los refuerzos del Regimiento 10 de Marzo, la Marina y la Policía que acudieron en auxilio del baluarte amenazado. La otra fracción estaba constituida por los pasajeros del ómnibus de la ruta 14 y varios transeúntes accidentalmente alcanzados por las balas.

De los rebeldes no se supo de ningún prisionero capturado vivo en el momento de la acción. Ni uno solo de los que penetró en la mansión presidencial salvó la existencia.

El viernes 15, fueron sepultadas las últimas víctimas del sangriento capítulo de la antevíspera. Eran seis y todas correspondían a la provincia vueltabajera. En la capital pinereña, y bajo un fuerte aguacero, se efectuó el sepelio de los jóvenes estudiantes Gerardo Medina, José Hernández y Ormaní Arenado. El pueblo siguió los féretros, cantando el Himno Nacional. No se registraron incidentes.

En Guanajay tuvieron lugar otros tres entierros, uno a las tres de la tarde, otro a las cuatro y el posterior a las cinco. Se trataba de Evelio Prieto Guillaume; Eduardo Panizo Busto y Pedro Esperón Alvarez. El Liceo de Guanajay y otras instituciones colgaron —sin oposición— crespones de luto. En la funeraria, una escena desgarradora reflejó la intensidad de la tragedia cubana. Abrazado al ataúd de Esperón, un militar dejaba correr las lágrimas. El muerto era su hermano. Otra estampa de la guerra civil.

A fines de la semana anterior, el gerente de la Prensa Asociada en La Habana, Arroyo Maldonado, pretendió poner etiqueta partidista al intento revolucionario. Apparentemente tomó como patrón viejas filiaciones gastadas por el tiempo y modificadas por los acontecimientos. El criterio general era

que el único núcleo que participó oficialmente en la acción del miércoles 13 fue el Directorio Revolucionario, capitaneado por Echavarría y otros dirigentes de la FEU.

Era comentario público en los círculos de la oposición que después de los sucesivos fracasos de la insurrección con asiento en la Casa Reposada, Menelao Mora venía actuando independientemente del ex presidente Prio Socarrás. La circunstancia de que CPS, en sus declaraciones para la prensa no hubiera producido una sola frase de tributo para Menelao revelaba el desacuerdo.

Ciertamente, los insurrectos del Día del Arquitecto no formaban en un equipo homogéneo, sino que procedían de diversos sectores asociados por el común denominador de su aversión al marxismo. Aunque algunos estudiantes murieron combatiendo en el segundo piso de la residencia ejecutiva y en el parque Zayas, se infería que la intervención de los muchachos de la colina había sido planificada para los alrededores del Alma Mater. La caída de Echavarría en un choque accidental frustró esta parte de la acción.

La desesperada empresa, de factura irremediamente suicida, copió la técnica de los comandos durante la segunda guerra mundial. La campaña de Africa aportaba un antecedente. En 1914, un comando inglés al mando del mayor Keyes atacó por sorpresa el cuartel general de Rommel en la Cirenaica para dar muerte al famoso mariscal alemán. El jefe nazi estaba ausente y el temerario intento se tradujo en un sacrificio inútil. De acuerdo con las versiones captadas por los reporteros de EN CUBA, el ex combatiente de la guerra civil española, Carlos Gutiérrez Menayo, estuvo al mando de los atacantes y Menelao Mora dirigió las operaciones de protección y cobertura desde el exterior.



"MILLO" OCHOA VUELVE AL EXILIO

Minutos antes de partir hacia Miami, un reportero gráfico de BOHEMIA captó la silueta del encañecido jefe ortodoxo "Millo" Ochoa. Iniciaba así su segundo exilio en la ciudad floridana. "Su viaje es consecuencia de su convicción de que es inútil el esfuerzo que realiza por encontrar una salida pacífica y democrática a la crisis nacional", declararon sus compañeros de la Comisión Ejecutiva que rige los destinos del PPC que acaudilla el político holguinero. Apenas habían transcurrido varios meses desde que el ex legislador abandonara la línea insurreccional y retornara sorpresivamente a la Isla para luchar por una fórmula capaz de restituir la normalidad institucional al país.

(Foto Delio Valdés)

Al cruzar de los días, afloraron las más variadas versiones en relación con la página sangrienta del miércoles 13. Batista, en sucesivas declaraciones, narró sus experiencias del día trágico. Otro tanto hizo el coronel Fernández Mirandas. La prensa norteña reprodujo los testimonios de los turistas, involuntarios testigos del brote revolucionario.

Pero acaso uno de los relatos más vívidos fue el del obrero de la COA, Alberto Triana Jiménez, conductor del ómnibus número 1735, de la ruta 14, blanco de las ametralladoras del Palacio y de las granadas insurgentes. El reportero Fernando Carr le entrevistó para Radio Progreso.

Triana, atento a su trabajo, no percibió la presencia del camión rojo Fast Delivery. Lo único que vio fue a los rebeldes, ametralladoras en mano, penetrando en la mansión ejecutiva por la puerta de Colón, mientras surgía el tiroteo.

—Una cosa horrible, bárbara, comentó ATJ, evocando aquellos minutos de pesadilla.

La rociada de proyectiles acribilló al ómnibus y sobre el estrecho pasillo se extendió un amasijo de cuerpos ensangrentados, heridos y muertos. Triana había grabado la imagen de un pasajero, un asiático, con un balazo en la cabeza. Afuera, una voz, posiblemente de uno de los atacantes gritaba conminatoria: "¡Guaguero, dale!" Pero el chofer, tocado por los fragmentos de una granada, nada podía hacer.

—Tuve que ir arrastrándome por encima de los viajeros. No se podía levantar uno porque la balacera era tremenda. Logré llegar al timón que cogí con la mano derecha y con la otra apreté el acelerador. Así acostado en el suelo, sin mirar, llegué hasta la calle Prado, donde me levanté y me senté al timón.

Pensó primero en dirigirse al Hospital de Emergencias, pero enseguida notó que el carro no le correspondía. Los tiros habían dañado el cambio automático, y el tanque de la gasolina estaba agujereado. Optó por dirigirse a la casa de socorros de San Lázaro. Luego quiso continuar hacia el centro hospitalario de Carlos III para conducir a su compañero José López Camino, pero un vigilante no lo permitió.

—No puede ser, le dijo, en esa guagua hay cadáveres...

El ómnibus de la ruta 14 apenas si estuvo estacionado dos minutos frente a la mansión presidencial. En ese tiempo, recibió 136 perforaciones que lo transformaron en una criba. La imprudencia de un sargento del Ejército que viajaba en el último asiento estuvo a punto de acrecentar la magnitud de la catástrofe. Al sentirse herido sacó la pistola y quiso disparar hacia afuera, sin saber a ciencia cierta contra quién.

—Tuve que agarrarle la muñeca, explicó Triana. Figúrese, si llega a salir un tiro de la guagua nos acribillan...

En la zona insurgente, si hubo sobrevivientes, ninguno emergió de su escondite para exhibir la otra cara de la trágica moneda. A lo más que llegaron las pesquisas de los reporteros de esta Sección fue a establecer fragmentariamente algunos rasgos biográficos de los principales líderes del levantamiento, en su mayoría militantes del Directorio Revolucionario o combatientes que actuaban por su cuenta, sin vínculos con otras organizaciones conocidas.

Menelao Mora era el más desta-



caso de cuantos intervinieron en el ataque al Palacio. MM pertenecía a la promoción del año 30 señalándose por su lucha contra Machado desde los cuadros —de acción directa— del ABC, guardando prisión por ello, en Isla de Pinos. Tras el fracaso de la huelga de marzo del 35, Menelao se ausentó de los primeros planos de la vida pública para dedicarse a las empresas de transporte de viajeros, en la ruta 35 de Artemisa a La Habana.

Con posterioridad, pasó a ser presidente de la COA. En el año 42, resultó electo representante a la Cámara por el Partido Democrata y luego de la "jornada gloriosa" ingresó en el autenticismo. Los constantes problemas de los ómnibus hicieron de Mora una figura polémica, envuelto en la agitación creada por el aumento del pasaje. Más tarde, desde su escaño en la Cámara, denunció el escandaloso affaire de los Autobuses Modernos, malquistándose con Carlos Prío.

A partir del golpe de la posta 4, MM se ubicó, sin vacilaciones, en la línea insurreccional, sustituyendo a Aureliano Sánchez Arango como jefe del movimiento clandestino promovido por el ex Presidente de la Cordillera. A raíz de la amnistía reapareció a la luz pública como presidente del Ejecuti-

vo provincial del PRC. Tras un breve paréntesis, retornó a las actividades revolucionarias, sujeto a las acusaciones y a la persecución del régimen.

No hacía mucho, el ex legislador habanero fue protagonista de una fuga espectacular tras haber sido sorprendido y arrestado por los tripulantes de una perseguidora. Ya era notorio su distanciamiento del exilado del Vendome y se le situaba, al frente de su grupo, comprometido con otro sector, que resultó ser la falange universitaria de José Antonio Echavarría.

Carlos Gutiérrez Menoyo contaba treinta y tres años y era hijo de madrileños. Su padre fue coronel de la Sanidad Militar del Ejército republicano español. Al iniciarse la guerra civil en la Península, la familia lo envió a Francia. A los dieciséis años se incorporó a los maquis y más tarde, a través de su país, se trasladó a África uniéndose a la división del general Leclerc, que luchaba contra Rommel en el desierto de Libia. Al finalizar victoriosamente la campaña de Túnez, Gutiérrez Menoyo pasó a Inglaterra. En junio del 44, tras el día "D", estaba en Normandía con su división.

Figuró entre las tropas que intervinieron en la liberación de París. En las navidades luchaba en el bolsón de las Ardenas, adscri-



ULTIMO MINUTO.

TRAGICO ACCIDENTE DE AVIACION

En la mañana del martes 19, un B-26 de la Aviación Militar que realizaba vuelos de entrenamiento, formando parte de una escuadrilla de 10 aparatos, entró en barrera y fue a estrellarse contra el suelo en terrenos de la finca "Conchita", en el Country Club. Estas fotos de los momentos restos del avión muestran los esfuerzos realizados por el equipo de salvamento para apagar las llamas. En el desgraciado accidente encontraron la muerte los tenientes Bernal Rodríguez Sardiñas y Carlos Gómez Acosta, que pilotaban el avión.

to al III Ejército de Patton. Acabó la guerra con el grado de subteniente. CGM arribó a Cuba a tiempo para enrolarse en la expedición de Cayo Confites a las ordenes del ex comandante Martín Labrandero, muerto al intentar fugarse del Castillo del Príncipe. Gutiérrez Menoyo perteneció a la Policía Secreta en época de Prío. El miércoles 13, actuó como jefe de los atacantes del Palacio Presidencial.

Otro de los insurgentes que, según todas las versiones, cayó en el segundo piso, lo era José Brifias, que estuvo ligado al desaparecido Rubén Aldama. Abelardo Rodríguez Mederos se había fugado espectacularmente de la cárcel habanera recientemente. Reinaldo León Yera fue comandante de la Policía Municipal de Camagüey durante los gobiernos auténticos.

En la noche del propio miércoles, el jefe de la Policía, brigadier Hernando Hernández, emitió un comunicado recomendando a la ciudadanía que se recogiera temprano en sus hogares. No era necesario. Una plomiza sensación de espanto y de tristeza sobrecogió a la ciudad estremechida. Los espectáculos públicos apagaron sus luces y las calles quedaron solitarias.

Sobre La Habana había soplado un huracán de sangre.

RADIO RELOJ

Flash en la tarde

EN el edificio de Radiocentro. En la acera, por la calle M, los usuales grupos de muchachitas a caza de autógrafos. Junto a ellas, una bandada de adolescentes, con anchas patillas y melenas copiosas estilo "Presley". Por la escalera de entrada a los estudios, el elevador y los pasillos, discurren artistas, técnicos y público. En la cafetería, las animadas tertulias comentando

las últimas noticias de la farándula.

A las 3:17 minutos, dos automóviles se detuvieron frente a la entrada de CMQ. En su interior viajaba una docena de jóvenes. Uno de ellos descendió del primer vehículo y se situó en la acera, dirigiendo una mirada circular por los alrededores. De pronto se acalló el bullicio y hubo un movimiento mezcla de estupor y miedo. El mozo empuñaba una ametralladora ligera.

Se le unieron otros. Uno, fornido, sonrosado, con un mechón de pelo negro cayéndole sobre la frente. Su cara, ampliamente difundida por la prensa y los noticieros filmicos, era demasiado conocida para que no pudiera identificarse. De otra parte, se hizo evidente que no trataba de ocultar su identidad.

—Es Echavarría, brotó el comentario. Es algo de los estudiantes...

La acción empezó a desarrollarse con rapidez. Uno de los autos quedó atravesado en mitad de la calle, cerrando el tránsito por ambas vías. Los peatones y curiosos, ante el despliegue de ametralladoras y pistolas se alejaron presurosamente. Echavarría impartió unas breves órdenes.

—¡Que nadie se mueva de sus puestos! ¡Aquel grupo, de espaldas a la pared, con las manos en alto!

Señaló a varios de sus acompañantes:

—Ustedes, quédense aquí vigilando en contacto con las máquinas. Ustedes suban conmigo.

El portero, Maximiliano Estévez, no ofreció resistencia y les franqueó la entrada. Apenas desapareció el pequeño comando insurgente se comunicó telefónicamente con el edificio para dar la alarma. José Antonio Echavarría, con dedo nervioso, oprimió el botón de control del elevador Ajeno a lo que estaba sucediendo arribó el actor Ernesto de Gali.

—¡Usted, las manos a la cabeza

y de cara a la pared en aquel grupo. ¡Pronto!

Los radios de los autos, a todo volumen, permanecían en sintonía con el noticiero. El monótono tic-tac, servía de fondo a las informaciones y anuncios de rutina. Uno de los jóvenes no pudo contener una nerviosa exclamación:

—¿Qué pasa? Todavía no han empezado a hablar.

—Ten calma. No han subido aún.

En ese instante, el elevador abrió su puerta en la planta baja, penetrando el presidente de la FEU y sus compañeros en la temeraria aventura. Cuando el ascensor llegó a su destino en el cuarto piso, la recepcionista de turno, ante la irrupción armada, se agitó asustada.

—No se asuste, señora —quiso tranquilizarla JAE—, somos revolucionarios.

La acción parecía haber sido cuidadosamente proyectada. Uno de los estudiantes quedó en el vestíbulo encañonando al técnico del master control. Los demás siguieron por el pasillo de quince metros de largo por uno de ancho. El líder universitario fue el primero en penetrar en la redacción del noticiero.

—No se mueva nadie, advirtió; nada les va a pasar. Somos amigos...

Tres de los invasores ocuparon posiciones estratégicas en la redacción de CMQ. Otro, pistola en mano se posesionó de la de Radio Reloj. El quinto continuó hasta el despacho de Jorge C. Bourbakis. El último —Echavarría— entró en la cabina de los locutores. Eran exactamente las 3:25. A dos kilómetros, ciudad entera, un camión rojo acababa de detenerse en la calle Colón, frente a la mansión ejecutiva.

Echavarría, sin pronunciar una sola palabra, encañonó a los locutores Héctor de Soto y Florial Chaumont. En la mano derecha, la parabellum, con su negro hocico apuntaba a la cabeza de De Soto. Con la otra mano, siempre en silencio, colocó sobre la mesa un file de cartón. Se produjo un bache en la transmisión, con su fondo monorrítmico de tic-tac. JAE hizo repiquetear, con el aviso de flash la señal telegráfica de la radioemisora. Luego señaló con el índice los textos, escritos a mano, con letras de imprenta, impecablemente dibujadas.

De Soto, con voz ahogada, obedeció la orden. El conmovedor anuncio salió al aire.

—Radio Reloj reportando... Atacado el Palacio Presidencial. Un grupo de civiles no identificados ha asaltado, hace breves momentos, el Palacio Presidencial usando rifles y ametralladoras. Los atacantes, aprovechando la sorpresa causada, han logrado irrumpir en el interior del Palacio Presidencial, donde el presidente Batista se encontraba despachando.

El timonel de la FEU se volvió hacia el otro locutor Chaumont para que intercalara el comercial. Y de nuevo la premiosa señal telegráfica.

—Radio Reloj reportando... Muerto el presidente Batista. Un grupo de asaltantes al Palacio Presidencial ha logrado alcanzar el tercer piso, donde se encontraba despachando Batista. Seguidamente se escuchó un nutrido tiroteo en dicha planta, y tres atacantes se han asomado al balcón del despacho gritando: Hemos matado a Batista.

La pausa y la hora:
—Las 3:28 minutos...
Y otra vez Héctor de Soto:



MALA SUERTE.

—Véndame cinco pesos, pero rápido.

por VIDAL.

—Radio Reloj reportando... Destituido el general Tabernilla. Nuestro reporter en Columbia, Luis Felipe Bryon, nos informa que en la mañana de hoy se celebró una asamblea general en el cuartel Cabo Parrado de Columbia, emitiéndose el siguiente comunicado: "Los oficiales y clases del Ejército, atendiendo la grave crisis por que atraviesa la nación, y velando por el cumplimiento de los fines de esta institución, hemos acordado destituir al general Tabernilla.

Ya para entonces toda la porción occidental de la Isla, hasta donde llegaban directamente las ondas de la emisora, estaba en sintonía con Radio Reloj. La capital, en dramática tensión, compartía su ansiedad entre las noticias que surgían de los radioreceptores y el tableteo de las ametralladoras en el escenario de la lucha. Los tiros le insuflaban contenido de veracidad a la impresionante sucesión de flashes.

Y más noticias. Arrestado Tabernilla. La guarnición del Moncada se había sumado al movimiento.

—Radio Reloj da la hora. Las 3:30 minutos...

Radiocentro compartía, en mayor grado que el resto de la ciudad, el estado de agitación que iba creciendo como una ola enorme. Bourbakis, en su despacho, hizo un movimiento para levantarse.

—Esto no puede ser, habló preocupado.

El joven estudiante levantó el cañón de la ametralladora. A su mirada asomó una fría resolución.

—¡No se mueva! ¡Quédese tranquilo o lo mato!

Los reporteros y redactores conservaron su serenidad. Desde el Palacio, por hilo directo, les llegaban los primeros avances del ataque a la sede del ejecutivo. Prácticamente, sin haberlo gestionado, las circunstancias los habían convertido en corresponsales de guerra, asistiendo, casi como protagonistas, a una de las fases de la espectacular operación insurgente.

El valor psicológico de la acción Radio Reloj completaba el audaz asalto a la residencia presidencial. Las noticias, como una obra de suspense, aspiraban a colocar a la ciudadanía en un estado de hipertensión. La alocución final ensayaría provocar el estallido.

—Atendiendo a la gravedad de los hechos registrados —anunció el excitado locutor Soto— va a dirigirse al pueblo de Cuba el presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, José Antonio Echavarría.

JAE, sin abandonar la ametralladora, se acercó al micrófono para iniciar la arenga. Empezo, el presidente de la FEU alzó demasiado la voz, y un aparato automático, ultra sensible, —el relive —instalado en la cabina de control, desconectó la planta del aire. Solo se escuchó el primer párrafo.

—Pueblo de Cuba —exclamó con acento vehemente—, ya el dictador Fulgencio Batista ha recibido su merecimiento. En su propia madriquera de Palacio ha encontrado su justo castigo...

El resto de la proclama no salió al espacio. Su texto quedó abandonado sobre la mesa cuando los comandos estudiantiles desalojaron la emisora.

—En esta jornada de gloria —decía el documento—, junto al Directorio Revolucionario se han encontrado la Federación Estudiantil Universitaria y los comandos civiles capitaneados por Faure Chaumont, el doctor Menelao Mora y Carlos Gutiérrez Menayo, así como

cientos de cubanos honrados y valientes. Ahora te toca participar a ti, pueblo! Lánzate a la calle para respaldar con tu presencia el triunfo de la revolución. Obrero, abandona inmediatamente tu trabajo y secunda la huelga revolucionaria! Soldado, marino y policía, únete a la lucha junto a tus hermanos, que ya el enemigo común ha sido liquidado! ¡Pueblo, apoya a la junta revolucionaria civil militar!

Al quedar silenciado Echavarría, uno de sus compañeros, que escuchaba desde el despacho de Bourbakis, se precipitó en la cabina:

—Estás fuera del aire —le notificó—, creo que debemos marcharnos...

JAE vaciló unos segundos, más decidió la retirada. Otra vez la pistola-ametralladora conminó a la pareja de locutores.

—Ustedes vienen con nosotros... Y al personal de redacción:

—¡Que no se mueva nadie!
Salieron al pasillo con Soto y Chaumont marchando delante, las manos en alto. Frente a la cabina del master control hicieron señas a los otros rebeldes que vigilaban al operador Fernández. Un grueso cristal separaba la cabina del vestíbulo. Echavarría apretó el botón del elevador. Alguien, al parecer indiferente a las ametralladoras, le tocó en el hombro. Era Nicolás Bravo.

—Dígame, joven —preguntó— es cierto eso que está dando Radio Reloj?

—Es verdad, contestó lacónicamente JAE.

En el último instante, uno de los jóvenes consideró peligroso que las plantas de Radiocentro continuaran en el aire, en condiciones de ofrecer rectificaciones.

—¡Hay que romper el control! propuso.

Y uniendo la acción a la palabra descargó una ráfaga sobre el panel de cristal. Las balas hicieron blanco en los equipos amplificadores. Otras balas salpicaron la mesa semicircular de control. El operador, en una rápida zambullida, se arrojó al suelo para protegerse. El locutor De Soto aprovechó la confusión creada por la balacera para correr. En la escalera chocó con la actriz Violeta Jiménez que subía, arrastrándola con él. Ambos se refugiaron en el departamento del archivo musical, en el tercer piso.

El periodista "Paco" Iehaso abandonaba en esos momentos su oficina en el edificio de los Mestre. Su secretaria, "Carmita", lo detuvo.

Eran las 3:42 minutos. El líder de la FEU y sus acompañantes ganaron la calle. Los autos les esperaban con el motor en marcha, y en la acera, montando guardia, con las armas en la mano, permanecía el resto de los rebeldes cuidando la retirada del grupo de Echavarría. Surgió un fugaz tiroteo y un cabo de la policía, de la sección de tránsito, resultó herido.

El auto en que iba JAE fue el primero en partir: tomó por M hasta Jovellar, donde torció a la derecha rumbo a la Universidad. En esta esquina y L chocaron con una perseguidora, que venía en dirección contraria. El encuentro, según la versión más generalizada, resultó accidental. El chofer del vehículo de los estudiantes inició la refriega, disparando a través del parabrisa contra los tripulantes del carro policial.

Echavarría, que ocupaba el asiento delantero y a la derecha, fue el primero en lanzarse al suelo, haciendo fuego contra los agentes, que ripostaban a su vez. Mientras tiraba, avanzó hacia el patrullero.

A unos dos metros se derrumbó herido, pero se levantó de nuevo arrojando la pistola y extrayendo un revólver de la cintura. Una rociada de la ametralladora le alcanzó en el rostro y el tórax. El joven alumno de Arquitectura cayó sobre el lado derecho. Una extensa mancha de sangre se fue ensanchando bajo su cuerpo. La perseguidora dió marcha atrás y salió a L.

Contrariamente a lo que se suponía, no hubo inmediata irrupción de los cuerpos represivos en CMQ. Por el momento, la batalla del Palacio demandaba todos sus esfuerzos. La vida, en el turbulento predio radial, paralizado durante diez minutos grávidos de tensión, se reanudó en forma explosiva. En la calle, las chicas de los autógrafos y los mozalbetes del rock and roll se dieron a recoger casquillos. Otros verificaron sus impresiones a propósito de la identidad de los acompañantes de Echavarría.

Goar Mestre llegó alarmado. Todos quisieron explicarle al mismo tiempo.

—Bueno, preguntó el magnate radial, ¿hubo algún herido?

Y ante la respuesta negativa:

—Entonces, menos mal...

El propio Bourbakis redactó la primera información de Radio Reloj sobre el suceso. Junto con una breve exposición de la ocupación de Radiocentro por parte de los revolucionarios, dieron la noticia de la muerte de Echavarría. Seguidamente se aprestaron a ir reportando, minuto a minuto, el curso de la batalla por la mansión ejecutiva.

Una imperativa llamada telefónica de Ramón Vasconcelos cortó los impetus noticiosos. El director de Radio Reloj ensayó una defensa de la libertad de información:

—Ministro, como no teníamos ninguna orden en contrario, brindamos las noticias a nuestros oyentes.

—Está bien, accedió el titular de Comunicaciones, pero a partir de ahora aténganse a los partes del Ejército...

Bourbakis recibió un inesperado apoyo. Luis Navarro irrumpió en su despacho con el original de la información propalada.

—Ahí está el comandante Policarpo Chaviano —le dijo—, nos autoriza para seguir dando la noticia, pero primero hay que ofrecer unas declaraciones de Tabernilla donde asegura que Batista y su familia se encuentran bien.

JCB trasladó a Vasconcelos el criterio favorable del oficial y el director de "Alerta" pidió que Chaviano se pusiera al otro extremo del hilo. PCh, en uniforme, los espejuelos de grueso aro negro sujetos a la cabeza por un elástico, la gorra bajo el brazo, entró en el despacho de Bourbakis, flanqueado por un soldado que portaba una ametralladora. Les seguían Goar Mestre, Nicolás Bravo y el abogado Bengochea. El comandante tomó el teléfono.

—Ordene, ministro...

Una mitad del diálogo:

—Yo dije que podían darla, pero, desde luego, no conocía su criterio. Bien, ministro, entonces solamente la nota del estado mayor.

—Colgó el aparato y se volvió hacia GM:

—Exclusivamente lo que yo traje. El ministro llamará más tarde...

La operación Radio Reloj cosió una baja a los insurgentes del Directorio Revolucionario. Sólo que se trataba de José Antonio Echavarría, cuya pérdida anulaba cuantas ventajas hubieran podido derivarse de la fugaz ocupación de los mi-

crófonos de la radioemisora. Como consecuencia inmediata, la concentración en la colina del Alma Máter no llegó a cristalizar.

El presidente de los Estudiantes de Arquitectura representaba, indudablemente, el exponente más vigoroso que había surgido de las aulas universitarias a partir de 1930 y su gestión llenaba los últimos tres años en la historia de la FEU. Por encima de otras calidades, JAE se había ganado el respeto de la opinión pública por su coraje. Jamás hurtó el cuerpo al peligro y en cada acto estudiantil, bajo los palos y entre las balas, marchó el primero.

En más de una oportunidad le recogieron herido en la zona polémica de Infanta y San Lázaro. A veces, las acusaciones policiales le forzaron a sumergirse en la clandestinidad. Pero siempre, en la tribuna, con la palabra, y en la calle, con el ejemplo, mantuvo su posición de vertical oposición al régimen. Bajo su liderazgo, la causa del estudiantado cubano trasvasó las fronteras nacionales, arrancando acuerdos solidarios en los congresos de Santiago de Chile y Ceylan, en los que participó Echavarría.

En el camino de regreso a Cuba, el timonel de la FEU hizo escala en Ciudad México, donde suscribió el famoso pacto insurreccional con el Movimiento 26 de julio, que lidera Fidel Castro.

Al decir de sus compañeros de lucha, JAE parecía actuar bajo la convicción fatalista de que su destino no podía ser otro que la muerte a breve plazo. Se recordaba que en ocasión del sepelio de su hermano Alfredo, víctima de un accidente, se abrazó al féretro.

—Hasta luego, Alfredo —se le oyó expresar —, muy pronto estaremos juntos otra vez.

Murió a los veinticuatro años. Era el Día del Arquitecto.

CRIMEN

Pelayo Cuervo Navarro

EL histórico miércoles 13, cerca del mediodía, un hombre de elevada estatura y severo atuendo, con espejuelos de armadura negra, se apeó de su auto cerca de Amargura y Oficios. Era Pelayo Cuervo, atento, como siempre, a sus responsabilidades como profesional y dirigente político. En aquel día, que sería el postrero de su vida, permanecía en la trincheira del deber.

Con su compostura habitual — firme y sereno— ascendió las escaleras del edificio de dicha esquina, donde radicaba su bufete y las oficinas nacionales del Partido del Pueblo Cubano. La que fuera fiel secretaria de "Eddy" Chibás y ahora lo era de él, "Conchita" Fernández, le dió cuenta de la tarea realizada y departió seguidamente con él sobre asuntos de menor trascendencia. Dentro de la situación anómala que atravesaba la nación, aquella parecía ser una jornada relativamente sosegada, por lo menos en la capital.

Poco después llegaron a las oficinas los líderes obreros Isidro Figueroa y Ramón Guirrola, quienes cambiaron impresiones con PC sobre el manifiesto del partido, ya redactado, que denunciaba como una manobra antiproletaria del régimen el decreto que facultaba al titular de Trabajo para regular los

ingresos de personal en las empresas de servicios públicos, bajo pretexto del comunismo.

A las 12:30 p.m., "Conchita" Fernández se retiró a almorzar. Auxiliado por Rolando Guerra, su secretario particular el ex senador ortodoxo permaneció por algún tiempo en su bufete, despachando distintos asuntos. Y a las 2:15, como era su costumbre, tomó el rumbo del hogar.

Al atravesar en su automóvil las calles habaneras, en esa hora de recogimiento, nada extraordinario despertó su atención. La capital, bajo el tibio sol invernal, desarrollaba su cinta inacabable de vehículos motorizados. Con mansedumbre civilizada, peatones y carros obedecían la regulación lumínica de los semáforos. El dirigente del PPC atravesó el centro neurálgico de La Habana, situado en ambas residencias oficiales —la del Congreso y la del Ejecutivo—, cuya zona se convertiría una hora después en algo parecido al infierno.

No tardó en llegar a su casa, situada en la Séptima Avenida entre 18 y 20, en el reparto Miramar. En los altos lo esperaba ya su esposa, la señora Rosa Galano. Durante unos instantes, el pequeño nietecito acaparó la atención del abuelo.

Siguió el almuerzo en el amplio comedor. Una anciana sirvienta indagó:

—¿Cómo se siente de la neuralgia, doctor?

Referíase a la dolencia facial que padecía PC y que trataban los médicos.

—Voy mejor, con ayuda de las pildoras...

Concluido el almuerzo, el dueño de la casa se enfundó en un pijama y examinó los diarios. Acto seguido se preparó a dormir la siesta habitual.

No pudo hacerlo. Una llamada telefónica le hizo tomar el auricular. Del otro lado, una voz nerviosa le informaba:

—Doctor, la radio anuncia que están asaltando el Palacio Presidencial...

Sucesivas comunicaciones fueron completando la versión de los hechos en las horas subsiguientes: el ataque al Palacio fracasaba. Entre la mansión palatina y el Palacio de Bellas Artes, solamente separadas por el parque Zayas, se desarrollaba un horrrisono tiroteo, en que participaban armas de todas clases.

Pelayo Cuervo no tuvo que pensar mucho para adoptar una decisión. No sería la primera vez en que acontecimientos parecidos provocaran visitas de la fuerza pública a las residencias de muchos jefes opositoristas y detenciones indiscriminadas por varias horas. El 28 de julio de 1953, el 29 de abril de 1956, entre otras fechas, los cuerpos represivos actuaron en ese sentido. El ex senador Cuervo Navarro había sido repetidamente objeto de distintas "retenciones".

Alrededor de las 2 —lejos, en las inmediaciones del Palacio Presidencial, el estampido de la refriega no decrecía un momento—, descendía PC las escaleras de su casa. En la puerta, su esposa lo exhortaba:

—Ten cuidado, Pelayo...

—No te preocupes. Voy a casa de unos amigos, cerca de aquí, para enterarme de lo que pasa.

Abajo, en el auto, lo esperaba su secretario. Partieron. Ya sus familiares no vieron más vivo al conductor de la Ortodoxia.

Y tarde, la planta de la Policía Nacional informaba que el cadá-



LUTO.

por ARROYITO.

¡Alguien está haciendo una llamada general al patriotismo!

ver de un desconocido, balaceado en abundancia, había sido hallado por un guarda jurado en las márgenes del lago del Country Club.

Dada entre innumerables noticias espeluznantes —la muerte violenta del presidente de la FEU, las bajas de la batalla palatina, y otros sucesos estremecedores similares, — el reporte no inquietó particularmente a los familiares de Cuervo Navarro.

Poco después de las 12 de la noche, era conocida en los periódicos la identificación de la víctima: en el Necrocomio de Marianao se decía oficialmente que todas sus señas correspondían a las de Pelayo Cuervo Navarro. Al propio tiempo, el cronista político del Diario, Angel Pubillones, telefonó a "Conchita" Fernández.

—Chica, perdóname que te moleste a estas horas, pero ¿tú sabes si es verdad lo de Pelayo?

Apenas recuperada de la impresión, CF llamó a varios dirigentes ortodoxos para confirmar la noticia. La mayoría estaban fuera de su casa. No se atrevió a comunicarse con la residencia del ex senador, para no alarmar a sus allegados.

Muy temprano el jueves 14, la señora Galano sintonizó Radio-Reloj para enterarse de la situación. La verdad, brutal e increíble, se abatió sobre ella. La casa se llenó de exclamaciones y lágrimas.

Durante un paréntesis de reflexión, la esposa de Cuervo Navarro llamó por teléfono a la casa donde fuera su cónyuge. Respondió alguien. Una pregunta patética cruzó la línea:

—¿Dígame qué le ha sucedido a Pelayo! ¿Que ha pasado?

Del otro lado no respondían. Una pena indescriptible ahogaba las palabras. La señora Galano insistía:

—¿Dígame si se lo llevaron! ¡Dígame!

Al fin, después de varios segundos que parecieron interminables, la otra voz admitió débilmente:

—Sí, si...

—¡Ay, entonces es verdad que me lo han matado!

Aquella mañana, en el necrocomio de Marianao, los hijos de PC, acompañados por Joaquín López Montes, confirmaron la funesta noticia. Ante ellos yacía, acribillado de heridas, el cadáver del jefe de la Ortodoxia histórica.

La rígida prosa de la autopsia cifraba sobriamente el drama:

—El cadáver presenta 6 heridas de bala (orificios de entrada): una en la región infracidea izquierda y 5 en la región pectoral; teniendo el corazón perforado por uno de los proyectiles.

—La agresión se hizo a una distancia de 60 centímetros, hallándose el agredido en posición anterior a sus agresores y en el mismo plano horizontal.

—Las heridas eran mortales de necesidad y la causa directa del fallecimiento fué hemorragia interna; la indirecta, homicidio por arma de fuego.

Pero, más que las heridas, impresionaba terriblemente la postura final del muerto. Tenía los brazos extendidos, en un gesto de defensa. Según los expertos, todo parecía indicar que le habían disparado estando sentado, probablemente en un automóvil.

Posteriormente, los familiares divulgaban entre sus íntimos lo que pudieron saber de la captura. Cuervo Navarro había sido sacado de la casa donde se hallaba por 5 hombres, que no se identificaron.

Desde las primeras horas, el consejo director del PPC (O), emitía declaraciones de vigor desusado, publicadas el viernes 15, encabezadas con las firmas de Raúl Chibás y Roberto Agramonte.

—Nuestro compañero Pelayo Cuervo, presidente del Consejo Director Nacional Ortodoxo, ha sido vilmente asesinado. Anté este hecho, en las presentes circunstancias, no caben declaraciones de protesta.

—Por encima del dolor que sen-



EL CRIMEN DE PELAYO CUERVO.

por ARROYITO.

Un poco de esperanza...

timos todos los ortodoxos, y que siente el pueblo de Cuba, que tuvo en Pelayo Cuervo un líder de excepcionales virtudes, capacidades y energías, nos reafirmamos nuestra voluntad de lucha frente al régimen que gobierna el país, pero que no podrá evitar por ningún procedimiento que nuestro pueblo reconquiste sus libertades democráticas.

—Pelayo Cuervo, asesinado por su vertical posición en la lucha por la realización de los ideales ortodoxos, seguirá siendo para todos nosotros digno ejemplo y bandera de lucha.

En otro pronunciamiento, los ortodoxos inscriptos —que capitanea "Millo" Ochoa— hacían constar que el victimado del Country Club "no cayó en combate, matando y muriendo por un ideal, como José Antonio Echavarría, Menelao Mora y otros compatriotas civiles y militares, cuyas muertes hieren también la sensibilidad nacional, pues no tenía armas ni vinculación alguna con los hechos".

Ese día 15, el Chicago Tribune publicaba un despacho de La Habana de su corresponsal Jules Dubois, presidente de la Comisión de Libertad de Prensa de la SIP. Tras relatar el acaecimiento:

—El hallazgo del cadáver de Cuervo sigue la trayectoria de otras muertes misteriosas de oponentes de Batista, ocurridas en los últimos meses. Sin embargo, ha llenado de indignación a muchos cubanos neutrales e independientes... Parientes y amigos del ex senador dicen que posiblemente la policía extrajo la información sobre su escondite torturando a su secretario.

Las versiones oficiales acerca del crimen coincidían singularmen-

te en desvincularlo de los sucesos del miércoles 13. El jefe de la Policía Nacional, interrogado al respecto, respondió:

—Yo no lo creo así. Soy el primero en lamentar y condenar lo ocurrido al discutido hombre público. He ordenado que se realice amplia investigación...

Y más intencionalmente:

—El doctor Pelayo Cuervo era un político inquieto, combatido y combativo, y sus diferencias políticas abarcaron muy diversos ángulos. Entre otros problemas de los que fué protagonista principal, resultó el más encarnizado y enérgico acusador en la causa 82, en la que, como se recordará, hubo más de 300 personas complicadas.

Grau acogía irónicamente las insinuaciones veladas del brigadier Hernández. Mostrando su incólume dentadura de septuagenario, mientras arrugas sardónicas cruzaban su rostro, comentó frente al emisario de EN CUBA:

—Esa gente parece haber descubierto que yo fuí quien mató a Pelayo... Desde luego, utilizando a los agentes del gobierno, porque son los únicos que tienen el privilegio de sacar impunemente a los ciudadanos de sus casas...

Una pausa para trazar conclusiones:

—No hay que darle importancia, cuando suceden tantos horrores. ¿Quién va a pensar que los procesados de la causa 82, a la que nadie le hace caso desde hace mucho tiempo, iban a escoger como salida la muerte del acusador a los 9 años de iniciada?

El coronel Orlando Piedra, jefe del DI, ratificó la desconexión de Pelayo Cuervo respecto al ata-

(Continúa en la Pág. 84)



EN EL ANIVERSARIO DE LA DESAPARICION DEL PROFESOR GALINDEZ

El principal orador del acto-aniversario de la desaparición del Profesor Jesús de Galindez, celebrado en Nueva York el 12 de marzo, fué el Representante Charles O. Porter, quien hizo una denuncia de la intervención de Trujillo en EE. UU., y acusó al gobierno de este último país de ser cómplice de sus maniobras. En la Presidencia del acto-homenaje a Galindez, se sentaron personajes de renombre continental: Jesús Arciniegas, Luis Alberto Monge, Nicolás Silfa, Frances Grant, Charles O. Porter, el General Asensio, Juan M. Díaz, Norman Thomas y otros.

que también actor, poeta, pintor y periodista.

Para suerte mía, aquella noche no había ido nadie al saloncillo de "Alhambra", y el cordialísimo Gustavo Robreño pudo atenderme con solicitud casi paternal.

Mis preguntas las dejaba caer ganado por su simpatía, y cada respuesta era una anécdota maravillosa.

—Lo que se dice debutar, yo creo que no hice nunca un debut formal.

—¿Cómo se explica eso?

—¡Chico! Porque ya a los cuatro años, en Venezuela, me sacaron a escena en una obra que se titulaba "La Degollación de los Inocentes". Por cierto que al ver que los soldados romanos sacaban las espadas para degollar a los niños me entró tal pánico que rompí a llorar angustiosamente. Fue mi primer gran éxito dramático. ¡Cómo lloraba, lastimero y miedoso, que muchas señoras del público lloraron también!

Otra noche se hablaba de viajes. Manuel Aznar, que dirigía "El País" y viajero incansable, cambiaba impresiones con Robreño y le contaba cómo había conseguido viajar casi medio mundo.

Pero en esto de los viajes tenía Gustavo Robreño la historia más sensacional de todas.

—Recuerdo que aquel día, Jueves Santo, no teníamos nada que hacer. El teatro estaba en receso y me fui con Pancho Suárez Murias de paseo. Pancho se iba a España aquella noche. Como hacemos nosotros hoy, nos pusimos a comentar otros viajes. Y entonces él recordó que en una ocasión había hecho la travesía sin un centavo.

—¿Y era verdad?

—Creo que sí. Pero a mí se me ocurrió restarle importancia a la aventura que me contaba, porque estaba dispuesto a hacer eso mismo.

—¡Mentira! —Me gritó Pancho.

—Yo no digo mentiras nunca.

—Lo veremos.

—Lo veremos.

—Me fui a acompañar a Pancho al barco. Subí con él a bordo. Cuando el barco zarpó, seguía yo a bordo. No llevaba un centavo, ni había sacado pasaje, como es de presumir. En alta mar ya, me presenté al capitán. Sin saber si asombrarse o encolerizarse, me dijo:

—Vamos directamente a Cádiz, jovencito, sin escalas. Preséntese al sobrecargo y allá usted, porque el hombre tiene un carácter endiablado.

—En efecto. El sobrecargo, que presumía de ser pariente del mismísimo marqués de Comillas, después de decirme todos los improperios que sabía, me soltó esta amenaza terrible:

—Tan pronto lleguemos a España lo entregaré a las autoridades para que le reembarquen para Cuba, ¿está claro, jovencito?

Era su anécdota favorita ésta. La hemos leído en todas las entrevistas que después leímos. Gustavo Robreño era un conversador sutilísimo, y matizaba los diálogos con una gracia que obligaba a seguir escuchándole horas.

—Me metí en un bote que estaba destinado a otro pasajero. Le prometí pagarle bien al botero si me llevaba rápidamente a tierra. Pero como seguía sin un centavo, y no podía cumplirle al buen hombre, me tiré al agua cuando nos acercábamos a tierra y me le escapé.

Seis años estubo en Madrid. Escribió crónicas festivas para el semanario "Gil Blas" y para "El Teatro", otro semanario que dirigía un

tal Canals. Fue amigo de los hermanos Álvarez Quintero. Ayudó desde allá a la revolución de Baire siguiendo el ejemplo de los demás cubanos que residían entonces en Madrid, y en 1898 regresó a Cuba.

—Regresé y me incorporé a la compañía de Regino López que había abandonado cuando la reorganizaba para irme a Madrid. Estrené entonces mi primera obra, que se tituló "Huyendo del Bloqueo".

—¿Qué obras tuyas obtuvieron mayor éxito? —Le pregunté.

—"Napoleón", "El Patria en España", "La Madre de los Tomates", "El año viejo en la Corte", "Tin Tan, te comiste un Pan", "El Bombardeo de Amberes", "El Ciclón", "Cinturón Eléctrico", "La Revolución Zayista", "La Flor de Mantua", "La Destrucción de Pompeya". Son muchas. No puedo recordárselas todas.

No quería recordárselas. Muchas de las obras que escribió para "Alhambra" son glosas de la actualidad, y sólo tienen interés antológico por tratarse de un escritor que tanto se esforzó por divertir al público.

En distintas entrevistas y crónicas que se conservan en los archivos, aparecen más títulos de obras de teatro que fueron grandes éxitos de taquilla en sus días. "Entre Cubanitos", "Pachencho Capitalista", "Toros y Gallos", "No Hubo tales Alzados", "La Paz del Mundo", "El Reajuste", "Almanaque de Alhambra", "Otero en el Garrote", "Valiente Primo es el Tío", "El Aura Blanca".

No cabrían en un espacio limitado como el de una crónica, tanto título. Baste decir que Robreño, con Villoch, Acebal, Agustín Rodríguez, El Calvo López y los demás autores de "Alhambra", dejaban constancia en sus obras de la historia de Cuba en la forma jocosa que allí se cultivaba el teatro.

Hombre de su tiempo, trabajador infatigable, Robreño siguió escribiendo cuando ya no estrenó más en el teatro. Su labor periodística está en las páginas de todas las publicaciones de su época. Colaboró en "La Discusión", "La Lucha", "Diario de la Marina", "Heraldo de Cuba", "La Prensa", "El País", BOHEMIA, "Selecta", "Zig Zag", "Clarín" y "Chispa".

En sus libros "Historia de Cuba en broma", "Saltapericos", "Crepúsculos Novedosos", "La Acera del Louvre", "Cuentos de Aquí y de allá", "Cuba a Través del Teatro "Alhambra", "A Flor de piel" y otros, dejó imperecedero su estilo gracioso, su sentido del humor, sin bilis ni saña, y su cultura, que era enciclopédica. Y su mundanismo exquisito.

Ya descansa el pulcro y gentil criollo Gustavo Robreño. Pero yo sé que su nombre no se olvidará jamás, porque cuanto él fue. Cuanto hizo y escribió, estará en el recuerdo de todos.

Era un buen criollo. Un criollo ejemplar. De los de buena ley. Porque además de haber sido culto, laborioso y honesto. Fue útil al teatro, al periodismo, a la farándula. Fue esposo y padre ejemplar. Y fue un hombre simpático.

Sin esto último no se puede aspirar al título de criollo ejemplar.

EN CUBA

(Continuación)

que del Palacio Presidencial, añadiendo:

—El doctor Pelayo Cuervo siempre tuvo de nosotros atenciones especiales por órdenes del señor

Presidente, que se preocupó siempre de evitarle cualquier agresión. En todas las ocasiones en que se alteraba la paz tratábamos de tener contacto con el doctor Pelayo Cuervo, pero la mayoría de las veces no estaba en su casa ni era posible localizarlo para brindarle las garantías ordenadas por el señor Presidente.

—Puedo citar como ejemplo lo ocurrido cuando el asalto al Cuartel Moncada, en el año 1953, en que el señor Presidente ordenó inmediatamente que se visitara, entre otros, al doctor Pelayo Cuervo —cosa que si mal no recuerdo realizó personalmente el entonces jefe del SIM, coronel Manuel Ugalde Carrillo— para que se le informara que uno de sus hijos estaba complicado y que se le rogaba que permaneciera en su domicilio evitando así cualquier posible incidente.

El rector del SIM, coronel Carlos Cantillo, fue más allá aun:

—No es posible suponer que hayan intervenido miembros de las fuerzas armadas en ese lamentable suceso, ya que —además de ser nosotros los principales mantenedores del prestigio del gobierno— estábamos dedicados por entero a proteger y a vigilar el Palacio Presidencial, las calles y la tranquilidad de la familia cubana.

Por la funeraria de Zapata y Paseo, donde estaba tendido el dirigente del PPC, no sólo desfilaron las figuras más conocidas de su partido, sino numerosos ciudadanos anónimos y algunos personajes de otros sectores políticos. Veíase allí a los doctores Agramonte, Bisbé, Chibás, Dorta Duque, López Montes, Carone, Massip, "Beto" Saumell, Vicentina Antuña, Mario Alzugaray, Chelala Aguilera, María Teresa Freyre de Andrade, Manuel F. Gran, compañeros del ex senador desaparecido. Asimismo acudieron José R. Andreu, Néstor Carbonell, Manuel Capestany, Carlos Peláez, etc.

El cortejo fúnebre tuvo el mismo sello de vertical dolor y combativa vibración cívica que caracterizó a los de otros caídos el miércoles 13. Acompañado a pie por una multitud, todos en ella cantaban el Himno Nacional. A partir de la entrada en la necrópolis de Colón, las damas rezaban en vigoroso murmullo el Ave María. Y ante la tumba, bajo el sol ardiente, se oyó la palabra de Manuel Bisbé, nunca tan energética:

—No es sólo la palabra de los familiares la que en esta tarde quiero hacer llegar a todos los aquí reunidos: es la palabra entera del pueblo de Cuba... Aquí no venimos a derramar lágrimas, sino a reafirmar nuestro espíritu de lucha... Pelayo Cuervo fue vilmente asesinado, pero nos importa hacer subrayar que Cuba permanece en estado de insurgencia. El pueblo cubano jamás se acostumbrará a perder su libertad... Nos podrán arrancar la vida, pero no las convicciones que sentimos, y por las que cayeron Eduardo Chibás y Pelayo Cuervo. A este pueblo no hay dictadura que le queme las energías.

Continuó expresando que la crisis cubana era una crisis de carácter. "Si me dieran a escoger entre hombres de carácter y hombres de talento, escogería a los primeros. Y Pelayo reunía los dos extremos".

—Fue un hombre íntegro —concluyó—, un cubano a quien debemos respeto y recordación. No es hora de discursos largos, sino de larga acción. La ejemplaridad del carácter es la que deja Pelayo Cuervo como constancia en el ánimo

de todos ustedes, sus amigos y correligionarios, para seguir adelante.

El juez de Instrucción de Marianao, Humberto Oliva Sendra, radicaba causa por asesinato.

Escasos voceros de la opinión pública se atrevieron a ejercitar el derecho de protesta contra el crimen del Country Club; pero los que lo hicieron le aplicaron los más indignados calificativos. Uno de ellos era el PNR, que a través de su comité parlamentario declaraba:

—El crimen cometido en la persona del doctor Pelayo Cuervo Navarro, figura distinguidísima de la Oposición, es un hecho que hiere tan profundamente la sensibilidad del pueblo cubano, que se hace imprescindible una investigación exhaustiva de tan abominable hecho y el condigno castigo para aquellos que resulten responsables. Aunque al día siguiente de tan lamentables acontecimientos, el Partido Nacionalista Revolucionario levantó su protesta más enérgica, a través de la valiente intervención radial de José Pardo Llada, el comité parlamentario del PNR solidarizándose plenamente con los pronunciamientos de su presidente, consigna su reprobación más indignada ante tales procedimientos y reitera su condolencia a los familiares del doctor Pelayo Cuervo y al Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos).

En su sección Claridades, de El Mundo, Carlos M. Lechuga hacía notar que si hasta entonces habían fracasado los intentos de canalizar el país por la vía cívica, "en la presente ocasión serán nulas las gestiones en tal sentido si previamente no se sanciona a los autores de los asesinatos que, como el cometido en la persona de Pelayo Cuervo, han espantado a los más insensibles ciudadanos".

Los miembros del comité congressional del PRC suscribían un documento conteniendo "la más enérgica condena por el asesinato del doctor Pelayo Cuervo Navarro, jefe nacional del Partido del Pueblo Cubano (abstencionista), que, sin duda alguna, era un cubano de altos prestigios políticos y morales, que toda la opinión pública señala dada la forma misteriosa en que fuera realizado, y que ha sido ejecutado por el mismo sistema que anteriormente condenamos".

Prensa Libre expresaba:

—Frente a los dolorosísimos sucesos que ensangrientan el suelo de la patria, subrayados para deshonra de nuestra República, con el abominable asesinato del doctor Pelayo Cuervo, abogado distinguido, ex senador, ex constituyente, presidente de un partido político y que fuera nuestra amigo a lo largo de los años, Prensa Libre expresa su hondo sentimiento, su condena vigorosa y su anhelo de ver terminada cuanto antes esta negra etapa de tragedia y de ira exterminadora.

—A Cuba, que se ponga una vez más crespón al brazo por todos los cubanos, civiles y militares, que cayeron en los trágicos sucesos de ayer.

—Y a la Justicia, que extienda su mano serena, que investigue los crímenes repugnantes de los que mueren misteriosamente después de los combates y que castigue, si le queda corazón y sentido del deber para hacerlo.

Un órgano tan mesurado como el Diario de la Marina, después de censurar el ataque cruento al Palacio Presidencial, comentaba con amargura el asesinato del dirigente ortodoxo:

—Se produjo una conmoción do-

lorosa al conocerse la muerte violenta de Pelayo Cuervo Navarro. Nada hay que justifique un hecho de esta índole... En la forma que se efectuó, ha causado justificada consternación... La investigación (policial) debe llevarse a cabo con la premura y hondura que las circunstancias requieren, a fin de que se dé cumplida satisfacción a la justicia y a la opinión pública.

En tan serenas palabras se reflejaba el clamor general de la sociedad cubana.

Pelayo Cuervo Navarro nació en la Ciudad Primada el 19 de septiembre de 1901 y se doctoró en Derecho en la Universidad de La Habana en 1923. Tras breve ejercicio de la profesión en Baracoa, pasó como abogado al bufete de Cosme de la Torriente, en la capital. De sagaz letrado pasó a inquieto político al madurar las pretensiones prorroguistas del general Machado. En 1927, participó en la fundación de la Asociación Unión Nacionalista, con los coroneles Mendieta, Méndez Peñate, Hevia y Torriente.

Al tomar posesión el gobierno de los sectores, bajo la presidencia de Mendieta, en 1934, fué designado subsecretario de Gobernación. En aquella ocasión fue protagonista de continuos incidentes con el jefe de la Policía Nacional, coronel Eleuterio Pedraza, en defensa del fuero civil y contra la ingerencia militar. Después ocupó la secretaría de Comunicaciones.

Se estrenó en la actividad electoral durante la reorganización de 1935, revelando desde el comienzo la gran efectividad de que lo hacía famoso en la vida política, pues ganó en la provincia oriental 18 de los 22 términos dentro del Partido Unión Nacionalista. Inconforme con la integración de la Coalición Tripartita, pasó de las filas del gobierno a las del Conjunto Nacional Democrático del general Menocal, el cual lo postuló candidato a la alcaldía habanera. Artífices de legislación electoral lo privaron del triunfo frente a Beruff Mendieta, pero éste necesitó de una ley-remache para consolidar su aparente victoria y en ese trance nació la popularidad de Cuervo Navarro.

En 1939, logró el primer lugar entre los candidatos a delegados constituyentes. La inesperada ruptura de su jefe político, el general Menocal, con el frente opositorista, y su paso al coalicionismo de Batista, hizo que PC abandonara las huestes del caudillo en la compañía de Coyula y Fernández Supervielle y otros políticos conservadores.

Ingresó inmediatamente en el PRC, del cual fué senador con la mayor votación habanera en las elecciones de 1944, en compañía de Eduardo Chibás y Félix Lancis. Dos años después fundaba, con Chibás, "Millo" Ochoa y José Manuel Gutiérrez, el movimiento ortodoxo, en franca lucha contra la corrupción oficial del gobierno de Grau. La nueva corriente política desemboca en el Partido del Pueblo Cubano, cuyo combate por el adementamiento nacional tiene en él un campeón que sólo cede a Chibás por su vibración cívica.

PC no era político que siguiera por mucho tiempo a ningún jefe. En las elecciones de 1948 defendió la línea pactista, junto con Ochoa, Gutiérrez, Agustín Cruz y otros, respaldando la candidatura de Ricardo Núñez Portuondo. Electo senador en la misma, esta vez quedó en tercer lugar.

Nuevamente ganó popularidad acusada cuando asumió la direc-

ción legal de la causa 82, logrando el procesamiento del ex presidente Grau y un grupo de sus altos funcionarios. Por primera vez en el curso de la República, nació una esperanza de sanción judicial contra malversadores públicos. Dicha gestión, unida al combate incansante en el Parlamento y en la prensa contra el segundo gobierno auténtico, hizo que Chibás lo invitara a formar parte de nuevo en la Ortodoxia. Ambos salieron senadores por el partido de la escoba cívica y protagonizaron numerosas campañas contra los monopolios, el peculado del régimen de Prío, el empréstito de los 50 millones, el incremento de los pasajeros, el decreto-mordaza, el affaire de Autobuses Modernos, etc.

Después de inmolado el fundador ortodoxo, en 1951, sobrevino el golpe militar de 1952. PC figuró entre las personalidades cimeras de la Ortodoxia y ocupó invariablemente posiciones de repulsa y denuncia contra el marxismo.

Colaborador asiduo de BOHEMIA, obtuvieron fervorosa lectura a lo largo del país sus artículos—"La República se ha convertido en un cuartel", en el que denunciaba las apropiaciones de fondos para fines represivos, y el titulado "El dictador Batista niega sus propias palabras", donde contrastaba las invocaciones del candidato progresista al orden constitucional y su acción contra el mismo en marzo de 1952.

Desde las propias páginas de esta revista continuó también la lucha contra la corrupción y las transgresiones gubernativas bajo la situación posterior al golpe de marzo, destacando la actuación acomodaticia del Tribunal de Cuentas. La última entrevista suya publicada en esta revista — agosto 21 de 1955— bajo el título "En nuestro país no existe un régimen de seguridad y garantías reales", subrayó el despilfarro del Estado, el incremento del desempleo y la negación de una solución nacional por parte de los regentes del país.

En la asamblea de la Artística Gallega, en enero de 1953, apoyó la moción de Pardo Llada en favor de un acuerdo con los auténticos de Prío. Días antes de efectuarse la conferencia de Montreal fue detenido —tras comparecer en el programa televisado Ante la Prensa— y permaneció en los calabozos de la Policía Secreta durante más de 24 horas. A su salida produjo una acusación contra el titular del Interior, Ramón O. Hermda, logrando su encausamiento.

Una larga sucesión de interrogatorios, detenciones y procesos dió relieve a su conducta pública bajo el régimen marxista. En una de esas ocasiones, produjo escándalo que se le condujera maniatado, en compañía de un detenido común, hecho que motivó protestas de diversos sectores de la ciudadanía. En otra oportunidad, fué encausado por haber señalado presuntas connivencias de jefes militares con el dictador Trujillo.

Fuó destacada su intervención en el llamado "diálogo cívico", celebrado en la Casa Continental de la Cultura bajo la presidencia de don Cosme de la Torriente. Los esfuerzos patrióticos del prestigioso mambí no dieron el fruto apetecido y tocó a Pelayo Cuervo cerrar el evento, en una medular pieza oratoria de doctrina opositorista, cuando la intransigencia de los personeros gubernamentales hizo imposible toda avenencia decorosa.

Poco antes de morir asesinado, elevó al secretario general de las

Naciones Unidas una "denuncia-exposición", encabezada por su firma, seguida de la de otros dirigentes de su partido, "con motivo de las muertes misteriosas de 30 ciudadanos, a balazos y ahorcados, en la provincia oriental, durante los últimos días de 1956 y primeros de 1957".

En dicho documento se apelaba a la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, que el régimen de marzo violaba reiteradamente al no garantizar "la vida, la libertad personal, la opinión política, la igualdad ante los tribunales competentes y ante las leyes, el principio de que nadie puede ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado; la correspondencia, la locomoción, la reunión pacífica, la elección de los gobernantes, etc".

EL PANORAMA

Charlas y Balas

SE transformó la escena del primer plano, efímeramente ocupada por el cruento epítulo insurreccional. Mas, el telón de fondo en el oscuro panorama nacional se mantuvo igual, acaso con acentuados rasgos de violencia. De Las Villas al Este, apretó la mordaza a la radio. Sólo era lícito transmitir música y novelones.

El renglón de las bombas y petardos recesó. En compensación se reprodujeron los incendios de puentes y cañaverales, los apagones y tiroteos en la noche. Oriente y Camagüey brindaron los aportes más salientes. En Santiago de Cuba, el general Díaz Tamayo asumió el mando de la plaza, sustituyendo a Cruz Vidal.

Se multiplicaron los hallazgos de armas. Las había de todos los tipos y calibres: ametralladoras, fusiles, morteros, obuses, carabinas y granadas. En algunos casos se utilizaron buzos para localizar los arsenales sumergidos en las aguas del litoral. Los equipos bélicos quedaron en depósito en el Departamento de Investigaciones.

Las "muertes misteriosas" vinieron a rubricar el trágico balance del combate librado en la mansión ejecutiva. Coincidiendo con el caso de Pelayo Cuervo, apareció, colgado de un árbol, el cuerpo del joven Wilfredo Sánchez Céspedes. El general Hernández aclaró que se trataba de un suicidio motivado por problemas económicos.

La tesis del suicidio no podía aplicarse a la muerte de Celestino Pacheco Medina, cuyo cadáver fue encontrado en la carretera de El Cuervo, cerca de El Calvario. CP presentaba siete heridas de bala. Veinticuatro horas después se reportó el muerto número 4 de la serie. Era un hombre joven, aparecido en la finca El Pitirre, de San Miguel del Padrón, con varios balazos en el pecho.

La ola represiva tocó a las puertas de líderes políticos de la oposición ubicados en todas las líneas y tendencias. A las dos de la mañana del jueves varios individuos que se identificaron como miembros de la Policía hicieron sonar el timbre en la residencia de "Millo" Ochoa. El holguinero se puso al habla con sus visitantes a través del intercomunicador:

—¿A qué departamento pertenecen ustedes? —quiso saber el jefe del PPC inscripto.

—Es la policía y nada más. Abra la puerta —fue la respuesta.

Ochoa solicitó unos minutos de plazo mientras hacía una llamada telefónica. Para suerte suya, logró comunicarse con el coronel Irenaldo García Báez, segundo jefe del

SIM, a quien conocía personalmente.

—Espere un momento, le expresó el oficial, voy a llamar a la Jefatura de Policía. El Coronel, tras hablar con Hernando Hernández, participó a "Millo" que el rector de la PN había dispuesto que los agentes se marcharan. Ya tranquilizado, el ex legislador oriental les franqueó la entrada para que el propio militar diera la orden de retirada. Poco después de haberse marchado los agentes policiales, Ochoa conoció que Pelayo había aparecido muerto en el Country Club.

Al parecer, la vocación electoralista mantenida a visera descubierta no constituía una patente de garantía. Coetáneamente con el intento de detención de "Millo" Ochoa, Carlos Márquez Sterling sufría una experiencia similar. Esta vez, la patrulla represiva, en traje civil, venía al mando de un teniente.

El ex presidente de la Constituyente puso en juego toda su dialéctica, fijando las diferencias entre los partidarios de las soluciones políticas y los revolucionarios. Habló de sus afinidades con Ochoa, Pardo y Fiallo, a los efectos de allegar una fórmula a través de las urnas. El oficial le escuchaba imperturbable.

—Yo no sé nada de eso. Queremos interrogarlo...

Al cabo, el teniente pareció ablandarse:

—Está bien, doctor, accedió, quédese tranquilo en su casa y no salga a la calle.

"Tony" Varona, Bisbé, Luis Orlando Rodríguez y otros personeros de la oposición también recibieron las visitas nocturnas, que, por el momento, no tuvieron otras consecuencias que la consiguiente zozobra para las familias y un ocultamiento temporal por parte de los afectados, en espera de que se despejara el ambiente. Muchos empezaron a mirar hacia el exilio.

La iniciativa correspondió al holguinero. A fines de la semana anterior, partió de Rancho Boyeros rumbo a Miami. Javier Lescano distribuyó sus declaraciones en las que, entre otras consideraciones de índole más personal, expresaba que se marchaba de Cuba por "carecer de garantías".

Orlando Piedra y el coronel Cantillo, jefe del Servicio de Inteligencia Militar, objetaron los motivos aducidos por el timonel ortodoxo.

—No puedo admitir que ciertas esas declaraciones —expresó OP—, pues "Millo" tenía anunciado ese viaje hacia tres semanas y siempre le mantuvimos en contacto con un oficial de la Policía para evitarle cualquier tipo de agresión, ya que él estaba dedicado a sus actividades políticas.

Añadió Cantillo:

—Esa es la verdad; y puedo afirmar categóricamente que la noche del ataque al Palacio Presidencial, el teniente coronel Irenaldo García Báez, segundo jefe del SIM, habló personalmente con el doctor Ochoa y le aseguró que nada tenía que temer, puesto que él estaba dedicado exclusivamente a sus labores electorales y gozaba de plenas y totales garantías.

El éxodo del político ortodoxo provocó uno de los habituales sarcasmos de Grau San Martín.

Paradójicamente, con el eco del último tiro en el edificio de Refugio número 1 y cuando aún estaba insepulto el cadáver de Pelayo Cuervo, se empezó a hablar de fórmulas y soluciones electorales. En el Palacio, el vicepresidente

te "Felo" Guas Inclán anunció oficialmente la liquidación del plan de Vento. Enarbólo, como nuevo pendón, la fecha del 10. de noviembre del 58 como meta de elecciones generales.

La vieja trifulca en la intimidad del marcismo, segmentado entre el tanquismo rampante y cierta proclividad a las concesiones, se animó de pronto. Para unos, la aplastada revuelta del miércoles 13 brindaba la coyuntura para apretar el puño. Para otros, la triste experiencia debía servir de punto de partida para un replanteo del problema nacional capaz de pacificar al país.

Vasconcelos insurgió como abandonado de la línea intransigente:

—Y no queda más remedio que escoger —escribió en su Entreactos del lunes último—: defenderse a puño limpio o entregarse a discreción, aceptar la humillación. En general hay que sacudir fuertemente la mata. Que caiga lo podrido, si lo hay. Que se quite lo que anemie al tronco. Que no todos los problemas se reduzcan a banquetes y discursos. Que terminen las delicias de Capua y los partidos coalicionistas, los cuatro, abandonen el dulce far niente y se pongan enérgicamente en pie frente al reto insurreccional. Que no se hable más del plan de Vento; pero que tampoco se conceda fundamental importancia a una convocatoria electoral rechazada de antemano por la Oposición, y a unas sesiones congresionales de pura fórmula que tampoco lograrán conducir a ninguna solución aplicable al empicamiento tremendista.

La tesis adversa pareció asentarse en las zonas parlamentarias. A las once de la mañana del lunes 18 se reunieron los líderes congresionales en el salón de la presidencia del Senado, convocados por Anselmo Alliegro. Entre los invitados figuraba el ministro de Comercio, Raúl Menocal. Eduardo Suárez Rivas se apresuró a tomar la palabra, adelantándose a cualquier pronunciamiento de la mayoría.

—Señores —empezó diciendo—, nosotros vamos a concurrir a la sesión de apertura de la legislatura porque creemos que es nuestro deber en estos momentos. Hay que buscar una solución. El problema de Cuba es muy grave, y no es que lo diga yo, sino que ustedes lo han visto, lo han vivido. Hace unos horas asaltaron el Palacio Presidencial...

El patricio de Baracoa le interrumpió:

—Doctor Suárez Rivas, quiero explicarle que los señores líderes que están presentes y quien les habla hemos leído el documento que el Partido Auténtico acaba de redactar, el que consideramos digno de estudio e interés. Pero antes de entrar a considerar este punto debo recordar que, reglamentariamente, la sesión de hoy se ceñirá a la lectura y aprobación del mensaje del Poder Ejecutivo.

Una sonrisa floreció en el semblante del villareño.

—Estamos de acuerdo —expresó— y me confortan sus palabras en el sentido de que nuestro documento tiene interés. Eso prueba que lo han leído. La verdad es que tiene que haber solución política y es el gobierno el que debe ofrecerla, o de lo contrario declarar la dictadura y cerrar este Congreso.

La llegada de Rivero Agüero, procedente de la mansión ejecutiva, acrecentó la atmósfera de optimismo. Al decir de ARA, la proclama perreceptista había causado favorable impresión en las altas

esferas del marcismo y sería tomada en cuenta a la hora de elaborar los planes electorales del futuro.

—Esta semana, aseveró el senador por Pinar del Río, habrá noticias importantes, buenas y abundantes.

En sustancia, el PRC de Grau proponía la integración de una comisión interparlamentaria para que en un plazo no mayor de veinte días citara, bien conjunta o separadamente, a todos los jefes de los partidos políticos organizados y sectores que no lo estuvieran a fin de demandar su opinión sobre una serie de puntos básicos: 1) cese de las medidas represivas; 2) amnistía política y militar; 3) celebración de elecciones generales a la mayor brevedad posible; 4) Código electoral del 43 o modificación del mismo y 5) utilización de los actuales carnets de identidad o expedición de nuevos.

No era cosa muy clara que el travieso vecino de la Quinta Avenida estuviera calorizando las andanzas conciliadoras de su equipo congresional. Por lo pronto, en charla con un reportero de EN CUBA, adoptó una sonrisa displicente, casi desdeñosa:

—Sí, ellos decidieron ir a las sesiones. Yo no quise caer en el mismo vicio del Ejecutivo, ordenándole lo que tienen que hacer. Ellos han hecho lo que han querido.

De inmediato soltó una frase desdeñosa:

—Lo anorinal aquí es que el Congreso no funciona. No sirve para nada. Es un circo lleno de empleados que no hace más que obedecer y cumplir las órdenes que le da el Ejecutivo...

Sentenciosamente:

—La única solución es poner en manos del pueblo la elección de todas las magistraturas; pero esta solución es la urgente, que no puede aplazarse por fechas arbitrariamente escogidas por los que actúan en el gobierno, sino que las elecciones generales deben producirse de modo inmediato, utilizando solamente los plazos que la ley electoral determina.

La semana próxima prometía, a la par de los atreos represivos, una reanudación de los trajines políticos. Charlas y balas, en la agenda pública.

"DIOS MIO, QUE FATAL..."

(Continuación)

con su pistola ametralladora gritaba:

—¡La revolución ha triunfado! ¡Viva la revolución! Echavarría va a hablar.

El operador quedaba estupefacto. No podía creer lo que estaba presenciando. Por cuarta vez en su vida se veía en peligro mientras trabajaba tranquilamente.

Sin saber cuál sería la reacción del hombre que lo encañonaba, se limitó a preguntar:

—¿Y por dónde va a hablar Echavarría?

—¡Por Radio Reloj... sintonice lo para oírlo!

Rápidamente se cumplía la orden. En la angosta y refrigerada habitación se escuchaba ya el clásico formato radial de la emisora. Tras leer uno de los locutores un comercial, el otro, con voz temblorosa, anunciaba que la revolución había triunfado. "En un ataque al Palacio Presidencial Batista ha sido suspendido como jefe de las Fuerzas Armadas." Fue entonces cuando se oyó la voz del Presidente de la FEU repitiendo a gritos lo dicho por el locutor momentos antes. Tras la inesperada arenga, de-

saparecía toda voz quedando solamente en el aire el "tic-tac" característico de Radio Reloj. Al notario, el inesperado visitante inquirió bruscamente:

—¿Qué es lo que ha pasado que no se oye?

"Bicicleta", procurando ecuanimidad, replicó con voz cortada:

—Es que Echavarría ha gritado muy fuerte ante el micrófono, y ha roto los "compresores de audio"... no es culpa mía.

El rebelde comprendió. Contando con que aquel hombre que cuidaba de los controles no se había movido desde su llegada, nada podía haber hecho para silenciar la planta. En esos instantes, el grupo que había ido hasta el estudio de Radio Reloj ya emprendía la retirada. Al llegar al lobby en pos del elevador, frente al master, una exclamación se repetía:

—¡A romper el transmisor de CMQ! ¡Fuego!...

Instantáneamente una ráfaga de ametralladoras atravesaba la vidriera rebotando los balazos en los transmisores. El individuo que había permanecido custodiándolo, también abrió fuego. Sus balas se incrustaban en la consola de control. "Bicicleta" se hallaba entre dos lluvias de balazos. En ese instante crítico lo único que su instinto de conservación le permitió hacer fue tirarse al suelo, entre la pared y las grabadoras de cinta magnética. No tuvo tiempo para pensar en nada. No acertó a calcular el tiempo que duró el tiroteo. Su cuerpo permaneció sobre el pulido piso de linoleum, mientras que los fragmentos del cristal despedazado le caían encima durante breves segundos. Para él fueron siglos. Cuando ya todo volvía a la normalidad, Fernández Morales, presa de una fuerte crisis nerviosa que le obligó a permanecer en descanso varios días, exclamaba trágicamente:

—¡Ay, Dios mío... por qué yo seré tan fatal en la CMQ!

—Es la cuarta vez que me sucede un hecho similar en los veinticinco años que llevo trabajando aquí en CMQ —nos dice—. De todos los operadores que tiene la planta, al único que le suceden estas cosas es a mí. Para mayor coincidencia —agrega— yo había cambiado mi turno, que es el nocturno, con un compañero hasta el mes de agosto, y apenas comencé a trabajar, sucedió todo esto.

—¿Existió la posibilidad de que el grupo de Echavarría lograra sus propósitos de causar desperfectos de consideración en el transmisor? —preguntamos.

"Bicicleta", con un gesto de seguridad, contesta rápidamente:

—En lo absoluto... para lograr que un desperfecto de consideración deje fuera del aire a cualquiera de las tres radioemisoras de Radiocentro, es necesaria una bomba de gran potencia. Hay que tener en cuenta que todos los equipos están protegidos por paneles de acero de un cuarto de pulgada de espesor. Fíjese en estas marcas.

Examinando el equipo notamos que, en efecto, unos pequeños rasguños en la pintura son las únicas huellas que señalan el impacto de las balas. Estas marcas pasan de doce. Ninguna de ellas llegó siquiera a atravesar el fuerte metal.

Ahora Manuel Fernández Morales eleva la mirada mientras exclama:

—Espero que éste sea el último susto de esta índole que me lleve en mi vida.

Y remontándose al pasado nos cuenta sus experiencias:

—En el año 1933, en pleno "ma-

chadato", la CMQ tenía sus estudios en la calle 25, en el Vedado. Una noche, sobre las siete, estaban retransmitiendo un programa de la COCO. En los momentos que bajaba a comer vio que al final de la oscura escalera llegaban cinco individuos con ametralladoras. Pensó que eran los músicos de Cheo Belén Puig, que aquella noche tenían un programa. La oscuridad reinante en la estrecha escalera hizo que confundiera las ametralladoras con los instrumentos de los esperados músicos.

—Suban, suban, si quieren yo les ayudo con los instrumentos.

Enseguida se daba cuenta de su error. Lo que él pensaba que era un violín resultó ser una pavorosa ametralladora. Inmediatamente fue encañonado y obligado a regresar a la emisora. Una vez allí, cortaron los teléfonos para impedir las comunicaciones. De una patada derribaron el estante de la discoteca haciendo añicos gran cantidad de discos.

—Toma esto y rompe el control —le gritaron dándole una gruesa cabilla para que consumara el destrozado. No le quedó más remedio que cumplir la orden. El momento era grave y su vida corría un serio peligro. Una vez destruida la consola de control lo subieron a la azotea de la casa.

—Ahora rompe la planta.

—No, la planta no se puede golpear porque moriremos todos achicharrados —explicaba nervioso y confuso.

—Si no quieres que te llenemos de plomo —repetían los asaltantes— déjate de historias tontas y haz lo que te decimos.

Pero "Bicicleta" no mentía. En aquellos tiempos los bombillos de las plantas radiales tenían un sistema de enfriamiento de aire. Al estar transmitiendo durante horas consecutivas el agua llegaba al máximo de vapor. De reventar el tanque de líquido hirviente hubiera sido una verdadera catástrofe.

Era un verdadero dilema. Al fin pudo convencer a sus captores del peligro que corrían. Una vez eliminada toda el agua de la planta, ésta fue totalmente destruida. Al terminar la destructora labor en el local, los empleados de la emisora fueron encerrados en el cuarto de baño durante largo rato.

Le preguntamos a Fernández Morales a qué grupo político pertenecían los que llevaron a efecto aquel asalto. Rascando su despeinada cabeza contesta con desconfianza:

—No, de eso sí que no me acuerdo.

Comprendemos el hermetismo de sus palabras. No insistimos.

La segunda vez que Manuel Fernández vio interrumpido su trabajo con la llegada de "visitantes inesperados" fue durante el gobierno de Laredo Bru. En esa ocasión, no fue tan peligroso para su persona. Permaneció encerrado en el cuarto de control de la CMQ de Prado cerca de nueve horas, sin poderse mover ni un momento de su puesto. Dos agentes secretos fuertemente armados se encargaron de su enclaustramiento. Un fuerte editorial en contra de Laredo Bru transmitido por la emisora fue el motivo de este nuevo percance.

Cuando "Bicicleta" llegaba a su trabajo en la madrugada del 10 de marzo de 1952, casi subió las escaleras de Radiocentro con un pelotón de militares armados que iban a custodiar el "master control" una vez dado el golpe militar por el general Batista. Esa mañana sacó al aire la planta en com-